

colorchecker CLASSIC



LA LUCHA DE CLASES

SEMANARIO SOCIALISTA OBRERO

AÑO IV
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
España, 1 peseta trimestre.—Ultramar, 1,25 id.—Portugal, 1,50 id.—Otros países, 1,75 id.
Los pagos se efectuarán por adelantado, en libranzas del Giro mutuo ó sellos de franqueo.
25 ejemplares, 75 céntimos.

APARECE LOS SABADOS
Redacción y Administración, Bailén, 41.
BILBAO 2 DE ENERO DE 1897.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
En Bilbao, en esta Administración, y en provincias, en el domicilio de las Agrupaciones Socialistas. La correspondencia de Redacción, a nombre de Valentín Lermán; de Administración, al Sr. Pascual Porezagua.
Número suelto, 5 céntimos.
Núm. 118

Males de la guerra

Entre los infinitos males que la guerra engendra y sustenta, no es uno de los menores el de fomentar en el espíritu público los instintos belicosos, con su cortejo de sentimientos de falso honor y de mentida dignidad. Y otro de esos males es el de que se borre en la conciencia popular el recto sentimiento del heroísmo. A este vamos por hoy á referirnos.

Hemos oído contar que en una de nuestras guerras distinguióse un soldado por una tan grande sangre fría que, avanzando sereno entre la balas hacia una trinchera del enemigo, determinó tal ánimo en los que le acompañaban, que se tomó la trinchera.

Propúsose para una condecoración al héroe y, al hacer el juicio contradictorio, no se pudo concedérsela, por resultar que había sido verdugo. Lo cual nada de extraño tiene, porque las mismas condiciones físicas y morales—no sólo psicológicas, sino también fisiológicas—que le dieron valor para avanzar hacia la trinchera, se lo dieron en otro tiempo para ser instrumento de la peor de las justicias.

Los más de los heroísmos de guerra, al ser celebrados, tienden á borrar en las masas la sana distinción entre actos verdaderamente heroicos y actos realmente criminales, ya que accionan en tiempo normal se reputarían los delitos, pasan en tiempo de guerra por laudables hazañas.

En ninguna parte halla más aplicación que en la guerra el principio bárbaro aquel de que el fin justifica los medios. En tiempo de guerra se llama héroes á hombres con madera de criminales, que han hallado en la guerra salida á sus instintos.

Alguna vez se ha dicho que en tiempo de guerra disminuyen en un país las comisiones de delitos comunes, y es, sin duda, porque los instintos criminales se canalizan en la guerra misma.

La guerra trae consigo, entre otros males, la apoteosis del criminal disfrazado y el encubrimiento del delito.

El tratar de actos heroicos verdaderos salvajadas, no puede por menos que engendrar en el pueblo concepciones erróneas, á la vez que alimenta el paso de sus peores instintos.

Una vez sea una de las hondas causas de la guerra la presión constante de los instintos brutales que piden satisfacción, presión que acumulándose acaba por romper de tiempo en tiempo las trabas con que el ámbito social la sujeta. La guerra es el delito colectivo; es el crimen de las muchedumbres.

No paran aquí los males de ese falso heroísmo. A favor de la guerra sube y se encumbró el héroe, el bárbaro; una vez encumbrado conserva su posición en tiempo de paz. Y nada hay peor que un estado de paz en que un héroe poderoso el que se elevó por la guerra. Porque, si á nadie se le ha ocurrido poner al frente de un ejército á un hombre que, por sus estudios y trabajos, se encumbró en tiempo de paz, ¿por qué se ha de poner al frente de éste en época de guerra al héroe, al bárbaro que subió

en la guerra por su valor personal?

Un país dominado más ó menos por el militarismo, es un país en perpetuo estado de sitio, en constante suspensión de garantías constitucionales.

Da pena en todo periodo de guerra ver cómo se presenta como hijos predilectos de la patria á los más brutos no pocas veces, á aquellos que en puro insensibilidad se han mostrado hazafiosos.

La guerra tiende á que no acabe de formarse en el espíritu público la noción clara del verdadero heroísmo, de ese heroísmo que consiste no pocas veces en saber dar la razón al enemigo, cuando la tiene.

TODO JUEGO

El que los cambios estén altos no sería un mal tan grande si permanecieran estacionarios, pues al fin y al cabo reduciríase todo á diferencias de valor nominal. Una cantidad de un producto extranjero, inglés, v. g., valdría más pesetas que en el caso de estar los cambios á la par, y una libra esterlina valdría también más pesetas; pero ni las mercancías ni la libra tendrían mayor potencia de adquisición. Estando los cambios á la par, un industrial francés que vendiera géneros á España por 10.000 pesetas ganaría 10.000 francos; suponiendo una variación de 25 por 100 en el valor monetario español, subirán los precios 25 por 100 y el industrial francés venderá su artículo por 12.500 pesetas (10.000 más el 25 por 100), mas como venderá las pesetas de las letras que reciba á 25 por 100 de descuento, realizará 10.000 francos, como antes. Esto es elemental y sabido de todo el mundo.

Si los cambios se mantienen estacionarios, todo acaba por arreglarse—aunque no sin daño, en el fondo—y aún sus oscilaciones tienen poco valor para aquel á quien le coinciden entre dos negocios. Mas si se verifican tales variaciones entre el comienzo y el fin de un mismo negocio, la cosa varía, porque si en el intervalo de que hace el comerciante español el pedido á que tiene que pagarlo, sube el cambio de 20 á 25, tiene que pagar en vez de un 20 un 25 por 100 más.

Y aquí entra esa institución repugnante é indigna de toda persona que tenga una mediana moralidad social: la Bolsa.

Lo que sobre todo fomenta y mantiene las oscilaciones de los cambios es el juego de Bolsa, que actuando como intensificador en las oscilaciones debidas á otras causas, las acentúa, robustece y acrecienta, cuando no las provoca. Es como en casi todo nuestro deplorable régimen; en vez de suavizar las diferencias se las exagera.

Para que unos cuantos señores ganen con lo que otros pierden, se defraudan intereses y se perjudica á gentes laboriosas.

Atribuyen muchos la depreciación del trigo no tanto á efectos de la natural concurrencia cuanto al juego de Bolsa, á que se llevan á cabo ficticias compras y ventas á plazo, á transacciones aparentes en que se simula la venta y compra de mercancías que no tienen existencia real. En el *Journal*

de *Agriculture* ha mostrado esto el señor du Pré-Collot. Y no sería la depreciación del trigo un mal muy grande, sino más bien podría llegar á ser un bien, si no tendiera á hacer imposible su cultivo y si con ella bajara en igual medida el precio del pan, cosa que no sucede.

Tenga ó no razón el señor du Pré-Collot en cuanto dice, es lo cierto que pocas cosas revelan más lo hondo de la concepción burguesa que el juego de Bolsa. La Bolsa y la guerra son las dos instituciones más profundamente burguesas. No se pide ya la bolsa ó la vida, sino la bolsa y la vida.

Combatir el juego y la guerra, en sus formas todas, es uno de los primeros deberes de todo buen socialista, porque el juego y la guerra son los más poderosos agentes de barbarización de un pueblo.

Labrador para sí

Suele afirmarse á las veces que cuando el labrador consume lo que cultiva, cuando produce para su propio consumo, encontrándose el trabajo en una más sana relación, no cuadran á él ya las consideraciones que cuadran al trabajo del labrador que produce para el mercado. Imposible parece que se diga, y menos que se repita, tan enorme disparate.

Si el que consume en la mayor parte sus propios productos tuviera en otra parte trabajo más remunerativo, podría comprar tanto como lo que consume, quedándole dinero para otras necesidades. Es esto tan elemental y claro, que llega á la categoría de perogrullada. Mas es achaque frecuentísimo el de olvidar las perogrulladas.

Es muy frecuente oír entonar himnos á la vida del pequeño propietario rural que trabaja sus propias tierras, y considerar tal estado como el más perfecto económicamente, y preconizar el que se favorezca por todos los medios un reparto cada vez mayor de la propiedad, hasta llegar á que sea propietario todo labrador. Y esto que seduce á primera vista, pareciendo una hermosa solución del problema, sería la causa del estancamiento del progreso humano, por una parte, y es, por otra, una solución reñida con el proceso económico actual.

Si una vez dividida y subdividida la tierra, hasta punto tal que todo cultivador fuera dueño del suelo que cultivara, se produjera un movimiento de asociación que diese por resultado el que cultivaran una vasta extensión sus dueños, todos en comandita, el progreso agrícola ganaría seguramente; pero es este resultado un resultado que contradice á todo lo que la experiencia y la psicología nos enseñan. Esa última é irreductible distribución nos volvería á un estado de atraso lamentable.

Volveremos sobre lo que precede. Sigamos.

Es indudablemente causa de numerosos males la gradual concentración de las tierras en pocas manos, como lo es la de los capitales, pero es á la vez la obligada premisa del progreso económico. Solamente la formación de

vastos campos de cultivo y el ejemplo de los frutos que puede dar en ellos una cultura extensiva conforme á los mayores adelantos técnicos, pueden provocar el proceso de asociación de los pequeños cultivadores y preparar así la agricultura del porvenir, la agricultura propia y estrictamente industrial.

No diremos que las tierras se van concentrando de hecho cada vez en menos manos, como no creemos pueda asegurarse que los capitales se van haciendo cada vez menos y mayores, no. Pero lo que no cabe dudar es que la concentración del capital en grandes masas á disposición de un solo hombre, la formación de las fortunas de los archimillonarios y la versión de tales fortunas á la industria y el negocio, es lo que principalmente provoca de parte de los pequeños capitalistas el movimiento de asociación. Las grandes fortunas individuales han hecho necesarias las sociedades por acciones. Y así ha de suceder en la agricultura.

No es de esperar que los pequeños labradores se unan por sí y ante sí, en virtud de espontáneo impulso; los unirá, si llegan un día á unirse, la necesidad, y sobre todo la de resistir la competencia de los explotadores en grande.

Por debajo de todas las soluciones engañosamente deslumbradoras, que preconizan la mayor distribución del suelo, la vida llamada patriarcal, los gremios y otras cosas por el estilo, late el más cerrado espíritu de reacción, de estancamiento y de ignorancia á la vez. «Divide y vencerás.» Tal es la máxima de los apóstoles de esas doctrinas. Lo que temen es la asociación de verdad, el que los hombres se unan y se pongan de acuerdo, lo que temen es que haciéndose la sociedad más sociedad cada vez, más social, llegue á no buscar fuera de ella misma apoyo en que sustentarse.

La gloria militar

Sacrificar la vida por la libertad, las leyes y la religión de nuestra patria, son, sin duda, expresiones pomposas; pero ¿quiénes harían este sacrificio? ¿quién sacrifica su vida por su país? ¿el político, que sostiene la guerra? ¿el periodista, que declama sobre el patriotismo? ¿el sacerdote, que recomienda el sacrificio?

Suprimase la guerra y sus ficciones, y no habrá uno que lo haga. ¡Ay de las ficciones de la guerra! Los hombres sólo sacrifican su vida en la guerra; pero no por patriotismo; en el lenguaje racional no puede decirse que el soldado muere por la patria, sino por una ficción que suplanta á la verdadera patria.

Y, después de todo, aunque los soldados pelearan animados de celo patriótico, ¿cuál es el mérito del amor á la patria, considerado en sí mismo? No es loable, en buena moral, el egoísmo que sacrifica los intereses generales de la especie á los particulares de una parte de ella.

¿Cuán bajo y falso es el origen de la gloria militar! Como la burbuja brillante deshecha y olvidada desaparecerá esa fama en el desprecio del

LA LUCHA DE CLASES

SEMENARIO SOCIALISTA OBRERO

AÑO IV

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
España, 1 peseta trimestre.—Ultramar, 1,25 id.—Portugal, 1,50 id.—Otros países, 1,75 id.
Los pagos se efectuarán per adelantado, en libranzas del Giro mutuo ó sellos de franqueo.
25 ejemplares, 75 céntimos.

APARECE LOS SABADOS
Redacción y Administración, Bailén, 41.
BILBAO 2 DE ENERO DE 1897.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
En Bilbao, en esta Administración, y en provincias, en el domicilio de las Agrupaciones Socialistas. La correspondencia de Redacción, á nombre de Valentín Fernández; la de Administración, al de Facundo Perezagua.
Número suelto, 5 céntimos.

Núm. 118

Males de la guerra

Entre los infinitos males que la guerra engendra y sustenta, no es uno de los menores el de fomentar en el espíritu público los instintos belicosos, con su cortejo de sentimientos de falso honor y de mentida dignidad. Y otro de esos males es el de que se burre en la conciencia popular el recto sentimiento del heroísmo. A este vamos por hoy á referirnos.

Hemos oído contar que en una de nuestras guerras distinguióse un soldado por una tan grande sangre fría que, avanzando sereno entre las balas hacia una trinchera del enemigo, determinó tal ánimo en los que le acompañaban, que se tomó la trinchera.

Proptose para una condecoración al héroe y, al hacer el juicio contradictorio, no se pudo concedérsela, por resultar que había sido verdugo. Lo cual nada de extraño tiene, porque las mismas condiciones físicas y morales—no sólo psicológicas, sino también fisiológicas—que le dieron valor para avanzar hacia la trinchera, se lo dieron en otro tiempo para ser instrumento de la peor de las justicias.

Los más de los heroísmos de guerra, al ser celebrados, tienden á borrar en las masas la sana distinción entre actos verdaderamente heroicos y actos realmente criminales, ya que accionarían en tiempo normal se reputarían los delitos, pasan en tiempo de guerra por laudables hazañas.

En ninguna parte halla más aplicación que en la guerra el principio bárbaro aquel de que el fin justifica los medios. En tiempo de guerra se llama héroes á hombres con madera de criminales, que han hallado en la guerra salida á sus instintos.

Alguna vez se ha dicho que en tiempo de guerra disminuyen en un país las comisiones de delitos comunes, y es, sin duda, porque los instintos criminales se canalizan en la guerra misma.

La guerra trae consigo, entre otros males, la apoteosis del criminal disfrazado y el encumbramiento del bandido.

El tratar de actos heroicos verdaderos salvajadas, no puede por menos que engendrar en el pueblo concepciones erróneas, á la vez que alimenta el peso de sus peores instintos.

Tal vez sea una de las hondas causas de la guerra la presión constante de los instintos brutales que piden satisfacción, presión que acumulándose acaba por romper de tiempo en tiempo las trabas con que el ámbito social la sujeta. La guerra es el delito colectivo; es el crimen de las muchedumbres.

No paran aquí los males de ese falso heroísmo. A favor de la guerra suby y se encumbra el héroe, el bárbaro, y una vez encumbrado conserva su posición en tiempo de paz. Y nada hay peor que un estado de paz en que influya poderosamente el que se elevó por la guerra. Porque, si á nadie se le ha ocurrido poner al frente de un ejército á un hombre que, por sus estudios y trabajos se encumbrara en tiempo de paz á primer puesto en la gobernación del Estado, ¿por qué se ha de poner al frente de éste en época de paz á un héroe, al bárbaro que subió

en la guerra por su valor personal?

Un país dominado más ó menos por el militarismo, es un país en perpetuo estado de sitio, en constante suspensión de garantías constitucionales.

Da pena en todo período de guerra ver cómo se presenta como hijos preclaros de la patria á los más brutos no pocas veces, á aquellos que en puro insensibilidad se han mostrado hazafiosos.

La guerra tiende á que no acabe de formarse en el espíritu público la noción clara del verdadero heroísmo, de ese heroísmo que consiste no pocas veces en saber dar la razón al enemigo, cuando la tiene.

TODO JUEGO

El que los cambios estén altos no sería un mal tan grande si permanecieran estacionarios, pues al fin y al cabo reduciríase todo á diferencias de valor nominal. Una cantidad de un producto extranjero, inglés, v. g., valdría más pesetas que en el caso de estar los cambios á la par, y una libra esterlina valdría también más pesetas; pero ni las mercancías ni la libra tendrían mayor potencia de adquisición. Estando los cambios á la par, un industrial francés que vendiera géneros á España por 10.000 pesetas ganaría 10.000 francos; suponiendo una variación de 25 por 100 en el valor monetario español, subirán los precios 25 por 100 y el industrial francés venderá su artículo por 12.500 pesetas (10.000 más el 25 por 100), mas como venderá las pesetas de las letras que reciba á 25 por 100 de descuento, realizará 10.000 francos, como antes. Esto es elemental y sabido de todo el mundo.

Si los cambios se mantienen estacionarios, todo acaba por arreglarse—aunque no sin daño, en el fondo—y aún sus oscilaciones tienen poco valor para aquel á quien le coinciden entre dos negocios. Mas si se verifican tales variaciones entre el comienzo y el fin de un mismo negocio, la cosa varía, porque si en el intervalo de que hace el comerciante español el pedido á que tiene que pagarlo, sube el cambio de 20 á 25, tiene que pagar en vez de un 20 un 25 por 100 más.

Y aquí entra esa institución repugnante é indigna de toda persona que tenga una mediana moralidad social: la Bolsa.

Lo que sobre todo fomenta y mantiene las oscilaciones de los cambios es el juego de Bolsa, que actuando como intensificador en las oscilaciones debidas á otras causas, las acentúa, robustece y acrecienta, cuando no las provoca. Es como en casi todo nuestro deplorable régimen; en vez de suavizar las diferencias se las exacerba.

Para que unos cuantos señores ganen con lo que otros pierden, se defraudan intereses y se perjudica á gentes laboriosas.

Atribuyen muchos la depreciación del trigo no tanto á efectos de la natural concurrencia cuanto al juego de Bolsa, á que se llevan á cabo ficticias compras y ventas á plazo, á transacciones aparentes en que se simula la venta y compra de mercancías que no tienen existencia real. En el *Journal*

de *l'Agriculture* ha mostrado esto el señor du Pré-Collot. Y no sería la depreciación del trigo un mal muy grande, sino más bien podría llegar á ser un bien, si no tendiera á hacer imposible su cultivo y si con ella bajara en igual medida el precio del pan, cosa que no sucede.

Tenga ó no razón el señor du Pré-Collot en cuanto dice, es lo cierto que pocas cosas revelan más lo hondo de la concepción burguesa que el juego de Bolsa. La Bolsa y la guerra son las dos instituciones más profundamente burguesas. No se pide ya la bolsa ó la vida, sino la bolsa y la vida.

Combatir el juego y la guerra, en sus formas todas, es uno de los primeros deberes de todo buen socialista, porque el juego y la guerra son los más poderosos agentes de barbarización de un pueblo.

Labrador para sí

Suele afirmarse á las veces que cuando el labrador consume lo que cultiva, cuando produce para su propio consumo, encontrándose el trabajo en más sana relación, no cuadran á él ya las consideraciones que cuadran al trabajo del labrador que produce para el mercado. Imposible parece que se diga, y menos que se repita, tan enorme disparate.

Si el que consume en la mayor parte sus propios productos tuviera en otra parte trabajo más remunerativo, podría comprar tanto como lo que consume, quedándole dinero para otras necesidades. Es esto tan elemental y claro, que llega á la categoría de perogrullada. Mas es achaque frecuentísimo el de olvidar las perogrulladas.

Es muy frecuente oír entonar himnos á la vida del pequeño propietario rural que trabaja sus propias tierras, y considerar tal estado como el más perfecto económicamente, y preconizar el que se favorezca por todos los medios un reparto cada vez mayor de la propiedad, hasta llegar á que sea propietario todo labrador. Y esto que seduce á primera vista, pareciendo una hermosa solución del problema, sería la causa del estancamiento del progreso humano, por una parte, y es, por otra, una solución reñida con el proceso económico actual.

Si una vez dividida y subdividida la tierra, hasta punto tal que todo cultivador fuera dueño del suelo que cultivara, se produjera un movimiento de asociación que diese por resultado el que cultivaran una vasta extensión sus dueños, todos en comandita, el progreso agrícola ganaría seguramente; pero es este resultado un resultado que contradice á todo lo que la experiencia y la psicología nos enseñan. Esa última é irreductible distribución nos volvería á un estado de atraso lamentable.

Volvemos sobre lo que precede. Sigamos.

Es indudablemente causa de numerosos males la gradual concentración de las tierras en pocas manos, como lo es la de los capitales, pero es á la vez la obligada premisa del progreso económico. Solamente la formación de

vastos campos de cultivo y el ejemplo de los frutos que puede dar en ellos una cultura extensiva conforme á los mayores adelantos técnicos, pueden provocar el proceso de asociación de los pequeños cultivadores y preparar así la agricultura del porvenir, la agricultura propia y estrictamente industrial.

No diremos que las tierras se van concentrando de hecho cada vez en menos manos, como no creemos pueda asegurarse que los capitales se van haciendo cada vez menos y mayores, no. Pero lo que no cabe dudar es que la concentración del capital en grandes masas á disposición de un solo hombre, la formación de las fortunas de los archimillonarios y la versión de tales fortunas á la industria y el negocio, es lo que principalmente provoca de parte de los pequeños capitalistas el movimiento de asociación. Las grandes fortunas individuales han hecho necesarias las sociedades por acciones. Y así ha de suceder en la agricultura.

No es de esperar que los pequeños labradores se unan por sí y ante sí, en virtud de espontáneo impulso; los unirá, si llegan un día á unirse, la necesidad, y sobre todo la de resistir la competencia de los explotadores en grande.

Por debajo de todas las soluciones engañosamente deslumbradoras, que preconizan la mayor distribución del suelo, la vida llamada patriarcal, los gremios y otras cosas por el estilo, late el más cerrado espíritu de reacción, de estancamiento y de ignorancia á la vez. «Divide y vencerás.» Tal es la máxima de los apóstoles de esas doctrinas. Lo que temen es la asociación de verdad, el que los hombres se unan y se pongan de acuerdo, lo que temen es que haciéndose la sociedad más sociedad cada vez, más social, llegue á no buscar fuera de ella misma apoyo en que sustentarse.

La gloria militar

Sacrificar la vida por la libertad, las leyes y la religión de nuestra patria, son, sin duda, expresiones pomposas; pero ¿quiénes harían este sacrificio? ¿quién sacrifica su vida por su país? ¿el político, que sostiene la guerra? ¿el periodista, que declama sobre el patriotismo? ¿el sacerdote, que recomienda el sacrificio?

Suprimase la guerra y sus ficciones, y no habrá uno que lo haga. ¡Ay de las ficciones de la guerra! Los hombres sólo sacrifican su vida en la guerra; pero no por patriotismo; en el lenguaje racional no puede decirse que el soldado muere por la patria, sino por una ficción que suplanta á la verdadera patria.

Y, después de todo, aunque los soldados pelearan animados de celo patriótico, ¿cuál es el mérito del amor á la patria, considerado en sí mismo? No es loable, en buena moral, el egoísmo que sacrifica los intereses generales de la especie á los particulares de una parte de ella.

¡Cuán bajo y falso es el origen de la gloria militar! Como la burbuja brillante deshecha y olvidada desaparecerá esa fama en el desprecio del

porvenir. ¿Dónde está ahora el honor y el nombre de los diez mil quijotes de la Edad Media? Sin embargo, los poetas cantaron en su honor y los cronistas de sus hazañas creían que hablaban de una gloria imperecedera. ¿Dónde están las glorias del torneo de las que «toda Europa se hacía eco del uno al otro confín»? ¿Dónde está el campeón que agasajaban las princesas y envidiaban los nobles? ¿Dónde los triunfos de Escoto y Aquino y los volámenes que *perpetuaban* su fama?

Verdad es que las glorias de la guerra han sobrevivido á todo esto, porque las pasiones humanas son menos mudables que las humanas locuras; pero tenemos la convicción de que estas glorias, como las otras, están destinadas al olvido, y de que se acerca el tiempo en que los aplausos al heroísmo y los esplendores de la conquista sólo se recuerden como locuras ó iniquidades pasadas.

No trato sólo de recordar al lector que las glorias militares son puras ficciones, sino que estas ficciones causan mucho mal á la Humanidad; quiero recordarle también que debe, por razones de humanidad y religión, negarse á fomentar las ilusiones populares, y que, si las fomenta, fomenta la desgracia bajo todas sus formas y la culpa en todo su exceso.

En todos estos asuntos no deben los hombres dejarse llevar por sus instintos; la moral interpone sus preceptos, y son preceptos que, si somos morales, tenemos que obedecer.

J. DYMOND. (*)

REVISTILLA

De vez en cuando llega un arrechicho místico á la gente de iglesia y pide el destierro de los templos de la música profana y el restablecimiento del canto gregoriano, de las hermosas composiciones de Palestrina, Victoria, Morales, etc.

Pero el canto religioso sigue olvidado, más cada vez.

No es el canto lo que se ha perdido, sino lo que animó al canto. Huyó el espíritu religioso de los templos; la música hondamente religiosa no sabe á nada á los devotos de nuestro tiempo; no hay anhelo místico en las almas, no hay vida interior; el grave canto religioso es un zumbido desagradable dentro de las huecas almas irreligiosas de los concurrentes á los templos.

En aquella sesión de música religiosa que se celebró en agosto en la quinta parroquia había obispos, sacerdotes, frailes, señoras y caballeros; pero allí no había dos gramos de sentimiento religioso, esta es la verdad.

Las almas capaces de recogerse y sentir los íntimos anhelos espirituales que despierta la música religiosa, no van ya á los templos; esto lo saben bien los jesuitas, matadores del verdadero espíritu religioso, y por esto hacen esos templos que tanta aceptación tienen entre las devotas, esas iglesias de escayola, como bomboneras, confortables, pintarrajeadas, con mucha luz, muy brillantes, en fin, á propósito para ahuyentar el espíritu religioso.

Es un atentado horrible, diabólico, ese Jesús que presentan á las devotas, ese Jesús afeminado, con su barbilla rubia, con su cara expresiva, con su carmín en los pómulos, y la cabellera

rizada, es una caricatura indigna del Cristo sublime á quien amamos con bastante sinceridad para sentirnos ofendidos por esa ridícula adaptación que de él han hecho los jesuitas.

Y los jesuitas triunfan en toda la línea; la religión son ellos; su manera, su táctica, está adoptada en todos los templos; el catolicismo no es ya más que jesuitismo puro; su espíritu rige á la Iglesia desde Su Santidad hasta el cura de misa y olla. Todo está perdido. No hay esperanza de regeneración en la Iglesia.

Pedro Froment vuelve de Roma á París desolado, con el alma dolorida, con la terrible amargura de ver que la Iglesia no quiere más que vivir vida material, dominar lo terrenal, poseer los cuerpos, estar á bien con los poderosos, que no ama á los humildes ni quiere la justicia, ni conoce á Cristo. ¡Enorme derrota del cristianismo!

**

No es Palestrina, ni Victoria, el músico de los católicos de hoy; es Chueca. Son religiosos de género chico. A la letra muerta del cristianismo han puesto música de tango; el Sermón de la Montaña con música de la marcha de Cádiz es su canción favorita.

Los organistas que salen por peteneras están en el secreto, y los que se enojan al oír esas tocatas en los templos no saben de la misa la media.

**

El tan decantado espíritu de transigencia del Vaticano no es más que una fábula que corre por entre los que no entienden ni les interesan estos asuntos.

No es la política del Vaticano sino un maquiavelismo inspirado por los jesuitas, un tira y afloja hábil, un material sentido práctico para obrar según convenga á los intereses de la Iglesia, transigiendo donde la intransigencia es imposible, manteniendo la intransigencia en los países, como España, donde el espíritu yace y soporta al dogma pasivamente, sin darle importancia mayor, ni preocuparse de otros ideales, de otras corrientes espirituales que chocan con el dogma cerrado y provocan esos grandes movimientos religiosos y sociales que se advierten en los países que gozan de buena salud espiritual. Aquí nada; marasmo, atonía, chulos, patriotas, banalidad, irreligión, muerte del espíritu. ¡País ideal del Vaticano! Lo malo es que, como trabaja poco y es pobre, no envía á Roma muchas pesetas, y esto produce cierta melancolía en el Vaticano.

No hay dicha completa.

Esto es pan comido para la Santa Sede, ya se sabe.

¡Ah, si fueran así los tocineros de los Estados Unidos! Pero en aquel pueblo de «grosero mercantilismo», según dicen nuestros groserísimos é ignorantísimos periodistas, hay una vida espiritual que no sospechan siquiera, hay un hermoso movimiento religioso, las almas sienten ideales y anhelos generosos, y al frente de este movimiento hállanse tocineros católicos como el cardenal Gibbons, monseñor Keane y el arzobispo Ireland, quienes llevan á remolque al Vaticano á un terreno de libertad y modernismo tales, que en este pantano de España parecerían (y son, en efecto) una especie de heterodoxia, de derrota del dogma tradicional católico, una invasión de libre crítica, de cultura moderna, de métodos científicos, de sinceridad, de aspiraciones de justicia, que el Papa tolera allí por la misma razón por la que don Simplicio Bobadilla renunció á la mano de doña Leonor, porque no hay más remedio, porque el dogma intransigente pro-

voca un cisma donde hay alguna actividad espiritual.

El Vaticano tolera la semi-heterodoxia de los americanos por no perder aquellos grandes elementos católicos que, aunque no sean más que nominales, dan tono y cierto prestigio á la Iglesia; pero lo tolera á regañadientes. El Papa adula al liberalísimo cardenal Gibbons; pero otra le queda. ¡Con cuánto gusto le ofrecería como tipo ideal del perfecto católico á cualquiera prelado español, que no se mete en honduras científicas, ni protege á socialistas como Enrique George (*), ni discurre, ni siente, ni hace nada fuera de la observación de la letra del dogma y de las manifestaciones externas de la religión.

Aquí hubo también un prelado—Sancho—que hizo sus pinitos socialistas, y parecía que traía algo dentro; pero luego nos ha resultado hueco, pues le vemos allá, en Valencia, arengando tropas, bendiciendo banderas y... colocando 500.000 pesetas en la consabida rentita patriótica (con sólidas garantías).

Aquí no se dan Gibbons; eso queda para el país de los cerdos.

Nuestros prelados ponen su espiritualismo al seis y medio por ciento.

**

El ministro de Fomento ha disparado un real decreto contra la enseñanza libre y de paso habla, refiriéndose al infame comercio de textos, de «sórdida avaricia» y de «explotadores sin conciencia».

¡Frescura se necesita!

Porque que lo digamos nosotros ó los padres de los estudiantes explotados bien está; pero ¡por Dios! que diga eso el ministro «del ramo» que tolera y ampara la «sórdida avaricia», nos parece mucha guasa.

Dice también el señor ministro que los estudiantes libres conquistan un título académico sin dejar de ser unos borricos, lo cual creemos bien sin que lo jure el señor ministro; mas todo lo que dice de los libres es aplicable á los oficiales, porque la enseñanza en España es una vergüenza, puesto que está en las manos de la sórdida avaricia y de los explotadores sin conciencia, como ha dicho muy bien el señor ministro en la *Gaceta*.

Lo peor es que esos *industriales sans vergogne* son, por lo general, correccionarios del señor ministro ó protegidos de Comillas.

**

Galdós se ha propuesto un imposible: agrandar á los memos.

Quiere llevar al teatro cosas de substancia, ideas, aires de libertad, concepciones de estética moral, y van los memos... y no van, ó si van es de mala gana y poniendo peros á la obra y diciendo que Galdós se ha equivocado porque así lo afirma Arimón, el tontaina que tiene *El Liberal* para hablar de teatros.

Nosotros estamos con los memos; creemos también que Galdós se ha equivocado.

Quienes no se equivocan son los que hacen *Cuadros disolventes* con chulapones que dicen porquerías y mujeres que enseñan «lo que Dios les dió» para edificación de adolescentes y gozo de burgueses libidinosos.

Tampoco se equivocan los autores de *Los gansos del Capitolio* que, con gran aplauso, se representan ahora en el teatro de la Comedia, donde se reúne *l'élite* de la sociedad española, el alcaide de la memoria.

Entre otros *chistes* dicen en la citada obra la barbaridad siguiente:

(*) El popular libro de George «Progress and Poverty» iba á ser incluido en el Índice; pero gracias á las gestiones de Gibbons fué excluido y circula como obra no pecaminosa, aunque es radicalmente socialista.

—¿Dónde te andas ahora?—pregunta un personaje á un estudiante de geografía.

—Ahora *me ando* en los Estados Unidos—contesta el estudiante, y el retrucano produce grandes risas.

Cosa más graciosa se podrá decir, más estúpida no.

La pena de muerte

La pena de muerte tiene partidarios de dos clases: los que la explican y los que la aplican: en otros términos, los que se encargan de la teoría y los que se encargan de la práctica. Pues bien, la práctica y la teoría no están de acuerdo; se rechazan ostensiblemente. Para demoler la pena de muerte no tenéis más que abrir el debate entre la teoría y la práctica. Escuchad. ¿Los que quieren el suplicio por qué lo quieren? ¿Es porque constituye un ejemplo? Sí, dice la teoría. No, dice la práctica. Oculta el cadáver cuanto puede, destruye á Montfaucon, suprime la publicidad, evita los días de mercado, constituye su máquina á media noche, da el golpe al amanecer, en ciertos países, en América y en Prusia se ejecuta en lugar cerrado. ¿Es porque la pena de muerte es la justicia? Sí, dice la teoría; el hombre era culpable y es castigado. No, dice la práctica; porque si bien el hombre es castigado, muerto, ¿quién es esa mujer? Es una viuda. ¿Qué son esos niños? Son huérfanos, es decir, castigados é inocentes. ¿Dónde está vuestra justicia? ¿Pero si la pena de muerte no es justa, acaso es útil? Sí, dice la teoría; el cadáver no nos molestará. No, dice la práctica; pues ese cadáver os lega una familia, familia sin padre, familia sin pan, y *voilà* la viuda se prostituye para vivir, los hijos roban para comer.

Dumolard, ladrón á los cinco años, era huérfano de un guillotinado.

He sido muy insultado, hace algunos meses, por haberme atrevido á decir que eso constituía una circunstancia atenuante.

Como se ve, la pena de muerte no es ni ejemplar, ni justa, ni útil. ¿Qué es, pues? Existe. *Sum qui sum*. ¿Tiene su razón de ser en sí misma? ¿Pero qué queda entonces? ¡La guillotina por la guillotina, el arte por el arte!

VICTOR HUGO.

PISTO LOCAL

La Sociedad *El Sitio* ha expulsado de su seno á los señores Clemencot, López y Echevarría, concejales republicanos que votaron en contra de la celebración del asendereado *Te Deum*.

Bueno, pues 18 duros de menos en los ingresos de la Sociedad.

Y los otros tan liberales como ates.

Porque ni la tal sociedad puede dar á nadie patentes de liberalismo, ni es ella liberal siquiera.

A no ser que el ser liberal consista en cantar el himno de los auxiliares y emborracharse el día 2 de mayo.

**

Lo que han hecho con *Paloca* ndiene nombre.

Le han redactado una carta, que es una vergonzosa retractación, y la que le hacen decir, lo menos veinte veces, y de una manera humillante, que está arrepentido de lo que ha hecho y que pide perdón...

Carta que firmó *Paloca* como quien firma en un barbecho. ¡Pobre hombre!

(*) El autor escribió esto en inglés y va contra el patriotismo inglés, del cual tenemos aquí algunos recuerdos, Gibraltar, por ejemplo. Al traducirlo al español hemos pensado en nuestros patriotas. El brutal patriotismo bélico, ruina de la patria verdadera, es el mismo en todos los países, y merece los mismos anatemas aquí que en Inglaterra ó en Japón.

Así es como se acreditan de liberales Arana, Mendezona y compañía.
¡Uf! ¡Qué asco!

Y qué hemos de decir de Rasines, que se las echa de persona ilustrada y de tener carácter y consimientos y consensia de sus actos?

Pues no va á El Sitio, después de haber asistido al meeting del Circo, y canta el yo pecador y llega hasta firmar la mismísima carta de Paloca!...

¡Hombre, por los clavos de una puerta, esa es ya mucha desfachatez!

No puede negarse que la Sociedad El Sitio sabe celebrar con toda propiedad las fiestas de la libertad.

Por la mañana, para conmemorar el glorioso aniversario de la liberación de Bilbao, nos soltó el primer día de pascua un novillo ensogado.

Cosa nueva y puro progreso y civilización.

A un súbdito de Inglaterra le alcanzó el novillo y le hizo rodar por el suelo. Esto hizo mucha gracia á los chicos de la prensa, que lo publicaron regocijados y haciendo chistes á costa del inglés.

Bien que ya se desquitaría él por anticipado. Y cuando le dejó el novillo y pudo levantarse, es muy posible que se dijera:

—¿Pero estoy en Bilbao ó en Cafretería?

Luego, en la procesión, vimos á todo el elemento liberal de la invicta villa, desde Moreno Gofi, que iría de madrugada á preguntar á don Víctor á ver si eran liberales ó qué, hasta don Adolfo Urquijo.

—¿Don Adolfo liberal?

—Sí.

—¿Dos cincuenta de multa!

—¿Por qué?

—¿Porque eso es una blasfemia!

En la fila vimos también á muchos republicanos, enemigos furibundos de la Iglesia y de la religión, que iban muy contritos á dar gracias á Dios por haber librado á este pueblo del asedio carlista, como si los dioses intervinieran en las contiendas de los hombres.

Todos los manifestantes eran chicos de buena ropa, señoritos. Lo que hizo decir á un espectador:

—Vamos, aquí los obreros no son liberales.

—¿Cómo! No, señor—repuso otro—lo que hay es que éstos dejan á los obreros la tarea de defender la libertad con las armas en la mano, mientras ellos la defienden en procesiones y banquetes.

—Entonces—añadió el primero, observando que en la procesión iban nada menos que tres bandas de música—entonces el liberalismo de todos estos no es más que música.

—A la vista está.

Y qué cosas se descubren con estas fiestas de la libertad!

Ahora hemos sabido que los veteranos del año 36, en cuyo honor se ha celebrado la fiesta, muchos de ellos no tienen ni qué comer.

De manera que la libertad tiene en Bilbao un palacio que ha costado millones, mientras sus héroicos defensores no tienen un plato de garbanzos.
¡Esa es la libertad burguesa!

Los liberales de Bilbao nos recuerdan á aquel fabricante de licores que sólo fabricaba una clase de anisado, bautizándolo con multitud de nombres, según las circunstancias, y tan

pronto le ponía la etiqueta de Anís Peral, como de Villacampa, del Mico, etcétera.

Claro, los consumidores no encontraban diferencia entre uno y otro anisado; como que era el mismo.

Igual sucede con los burgueses. Vienen al mundo político y el uno se planta la etiqueta republicana, el otro la liberal, la carlista el de más allá y así sucesivamente.

Pero van ustedes á probarlos y, como los anisados del cuento, todos saben á lo mismo, tienen un sabor reaccionario que apesta.

No se diferencian más que en la etiqueta.

La horca en Bilbao

El miércoles fué levantado el patíbulo en Bilbao y un hombre fué castigado con la más terrible de las penas.

La sociedad, en el crimen cimentada y fomentadora de toda clase de vicios y pasiones, ha matado á un hombre por ella misma puesto á los umbrales del crimen.

Mas no es el objeto de estas cortas líneas el divagar sobre cuestiones tan hondas.

La prensa de Bilbao, el comercio, el clero, las autoridades, el pueblo todo, ha dado un espectáculo tristísimo mostrando el bajo nivel de sus sentimientos de humanidad.

Los periódicos han hecho objeto de lucro la triste ejecución del Baldomero Ibáñez, las autoridades han cursado rimbombantes telegramas, solicitando el indulto á la manera que se dan tarjetas de recomendación en forma convenida para que no se las dé ningún valor, el comercio ha permanecido indiferente con sus puertas abiertas, los teatros funcionando sin interrupción, y por contera de todo esto una multitud de 20.000 almas que se empuja y apiña para no perder ni el más leve detalle del terrible drama.

Teníamos otra idea de la cultura de este pueblo. Nos hemos equivocado.

En el Ayuntamiento

¡Fiense ustedes de palabras! Al irse á aprobar el acta de la sesión anterior, fué en la del miércoles el carpintero Rasines y pidió que se levantara la sesión en señal de duelo por el ajustisiamiento de aquella mañana.

—¿Qué buen corasón que tiene Rasines—digimos nosotros sin podernos contener.

—Calle usted, por Dios—nos dijo entonces uno al oído—, si ha andado lo indecible porque le encargasen la construcción del patíbulo.

—¿Canastos, pues bien viene una cosa con otra!

Sobre esto del levantamiento de la sesión hubo dimes y diretes, mostrándose todos los concejales compungidísimos.

Por supuesto, que si les preguntan ustedes qué piensan de la pena de muerte, de seguro que la defienden á capa y espada. Conque aten ustedes cabos.

El concejal socialista pidió que el Ayuntamiento hiciese constar en acta su disgusto por haberse llevado á cabo la ejecución y de paso censuró á las autoridades que no han hecho lo que podían para evitar un espectáculo tan triste y vergonzoso á la vez.

En cuanto nuestro amigo pronunció las primeras palabras, cogió el se-

ñor Moreno la campanilla y empezó: —Señor Perezagua, señor Perezagua, señor Perezagua!...

Hasta que éste tuvo que interrumpirle: —¡Pero si no sabe usted lo que voy á decir!...

Y claro que no sabía. El señor Moreno podrá adivinar al señor Chávarrri, dado que este señor piense, pero á los demás ¿por qué?

El señor Moreno está resultando un presidente muy impertinente y muy insoportable.

Y, en fin, no se levantó la sesión.

Después el soporífero cóncave discutió las reformas del vestuario de los guardias municipales.

Los capotes se van á convertir en levitas, les van á dotar de pelerinas y van á llevar polainas.

Si el bastón ha de ser más corto ó más largo, se discutirá en otra sesión.

Aquí, para *inter nos*, la mejor reforma que podía hacerse en la guardia municipal, era la de suprimirla.

Porque ¿quieren ustedes decirnos para qué sirven los guardias en la calle?

—Toma, de estorbo.

—Ahí está, pues.

DE AQUI

Y DE ALLI

LA LUCHA DE CLASES desea á sus lectores excelente entrada de año y hace fervientes votos porque 1897 sea el último del régimen del salario.

La Sociedad de Obreros Estuquistas de Madrid ha celebrado recientemente una reunión de propaganda, que ha hecho aumentar considerablemente el número de sus afiliados.

En dicha reunión hizo uso de la palabra nuestro amigo Iglesias.

Los diputados socialistas franceses se muestran incansables en la difusión de nuestros redentores ideales.

Ultimamente nuestros correligionarios Jaurés, Millerand, Geraul-Richard y Guesde han dado conferencias en San Quintin, Troyes, Guisa y Turcoing respectivamente, habiendo acudido á todas ellas numerosa concurrencia.

Nuestro estimado correligionario Rafael Salinas, de Málaga, infatigable propagandista de nuestras ideas, háse visto obligado á emigrar, cercado por la miseria y la persecución de que era objeto en la ciudad feudo de los Larios.

Que en el Brasil, á donde dirige sus pasos en busca del pan que *su patria* le niega, tenga mejor suerte.

De todos modos, allí como aquí puede trabajarse por el triunfo de nuestra causa, cosa que no dudamos hará nuestro amigo, pues conocemos de antiguo su temple.

Leemos: «En todos los barcos de la Compañía Transatlántica se reparten á los soldados, á nombre del señor marqués de Comillas, medallas con la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, y en el reverso una cruz y el lema siguiente: «Al soldado español. In hoc signo vinces.»

Se nos figura á nosotros que al católico marqués le agradecerían más los soldados se les diera en los barcos buenas tazas de caldo, aunque no les regalaran medallas con lemas en latín que ellos no entienden.

Cuando los cohetes hendían el espacio, el novillo de los liberales recorría las calles y los liberales satisfechos celebraban el triunfo de la libertad... burguesa, un hombre era encontrado muerto de hambre y frío en una tejera de Basurto.

Y ¡viva la libertad!

Cuenta un periódico que habiendo surgido hace pocos días una discusión violenta en la Cámara italiana entre el señor Santini, médico militar, y Enrique Ferri, catedrático y diputado socialista, el primero envió sus padrinos al segundo.

Ferri los recibió con desagrado y les dijo:

—Soy bastante inteligente para burlarme de una costumbre absurda y propia de la Edad Media. De todas maneras, si el señor Santini insiste y viene á verme, le responderé con la punta de mi bota.

Muy bien dicho. Visto bueno.

El Círculo Obrero de Gibraltar ha perdido el día 24 de diciembre al compañero Antonio Huza, víctima de penosa enfermedad.

Era joven todavía, de no escasa instrucción y de oficio constructor de carruajes.

Huza era un ardiente partidario de nuestras ideas, que defendía y propagaba en todas partes. Cuantos le conocían y trataban le apreciaban de veras, tanto por sus bellas cualidades como por el gran interés que se tomaba por el Círculo Obrero de Gibraltar.

Este siente la pérdida de tan excelente compañero y acompaña, como nosotros, á su familia en el hondo pesar que le aflige.— R. WOOD.

Los Comités de las Agrupaciones Socialistas de Gallarta y Las Carreras participan que han tomado el acuerdo de dar de baja en las mismas á todos los afiliados que para el día 6 del actual no se pongan al corriente en la cotización de recibos, ó no justifiquen por enfermedad ó paro su morosidad.

Continúa sin incidentes dignos de notarse, pero sin que aparezcan tampoco síntomas de un acabamiento, la huelga de Hamburgo.

Como existen fondos en abundancia, verificase ordenadamente la distribución diaria de socorros á los huelguistas.

El Senado hamburgués ha prohibido en absoluto las cuestaciones á domicilio; pero les sobra dinero á los huelguistas ó, por lo menos, poseen el bastante para no verse obligados á capitular.

Un mes hace que dura la huelga y 18.000 obreros, de los que dependen 22.000 mujeres y niños, la mantienen con entusiasmo creciente cada día.

En *meetings* celebrados por los obreros de los docks de Londres, se han ofrecido aquellos á ayudar á los huelguistas de Hamburgo.

En la cuenca hullera de Reschitza (Austria), ha ocurrido una explosión de fuego grisú, que ha causado 300 muertos, 15 heridos y 27 personas desaparecidas.

Los correligionarios que tienen un tanto abandonadas las obligaciones del periódico, deben ponerse al corriente, sino quieren perder todos sus derechos, antes de la próxima reunión, que tendrá lugar en enero, y en la que se dará cuenta de la marcha del periódico.

PUBLICACIONES

PAZ EN LA GUERRA.—Novela de 350 páginas, por Miguel de Unamuno. De venta en todas las librerías al precio de cuatro pesetas.

Hemos recibido un ejemplar de esta obra, que recomendamos á nuestros lectores, absteniéndonos de todo juicio sobre ella por temor á que nuestros elogios pudieran parecer interesados.

EL ALMANAQUE DE LA QUESTION SOCIALE para 1897.—Hermoso libro de cerca de 300 páginas de texto, redactado por los escritores más autorizados del Socialismo internacional é ilustrado con multitud de grabados.

Precio en París (boulevard Saint-Michel, 19), 1,50 francos.

¡AVANTI!—Ha comenzado á publicarse este diario socialista en Roma y cuyo primer número hemos recibido, mereciendo nuestros correligionarios de la bella Italia todo género de aplausos por sus laudables esfuerzos en la propaganda de las ideas socialistas.

LA ILUSTRACION DEL PUEBLO.—Desde el día 10 del corriente comenzará á publicarse con este título en Madrid una revista decenal socialista, bajo la dirección de nuestro estimado correligionario Alvaro Ortiz y con la colaboración de los escritores socialistas más conocidos.

El precio de suscripción será: 1 peseta trimestre en la Península; 1,50 en Portugal y 1,75 en los demás países.

Dirección: Calle de Embajadores, 47, principal.

